Revista RELACIONES INTERNACIONALES, 24-25.
Escuela de Relaciones Internacionales.
Universidad Nacional, Heredia, Costa Rica.
Tercer y cuarto trimestres de 1988.
pp. 159-163.

DISCURSO DEL MINISTRO DE RELACIONES EXTERIORES DE COSTA RICA LIC. RODRIGO MADRIGAL NIETO EN LA XII REUNION MINISTERIAL ANUAL DEL GRUPO DE LOS 77

Señor Presidente:

Permítame iniciar mi intervención saludándolo a usted, señor Presidente, y en su persona al pueblo y al Gobierno de Túnez. Aprovecho asimismo esta oportunidad para manifestarle nuestra sincera felicitación por la forma en que usted ha presidido las labores de este grupo en el presente período y para desearle el mejor de los éxitos en la conducción de esta reunión ministerial. Señor Presidente, Costa Rica tiene la firme disposición de contribuir al logro de una feliz y adecuada culminación de los trabajos que nos ocupan.

Señor Presidente, señores Delegados:

Participamos en un mundo en el que los países desarrollados aumentan constantemente su riqueza y elevan, cada día, los ya altos niveles de vida de sus ciudadanos, en tanto que, los países del tercer mundo, sufren un estancamiento y en algunos casos un retroceso económico alarmante. Contemplamos el lanzamiento tecnológico más impresionante que se haya dado desde que el hombre habita la tierra, pero al cual los países del tercer mundo no tenemos acceso. Asistimos a la consolidación de un sistema financiero y comercial al que contribuimos significativamente, pero de cuyos beneficios, verdaderamente no gozamos.

En alguna ocasión, dijo Raúl Prebisch que "se impone perentoriamente construir un nuevo orden de cosas para resolver los problemas que atañen al mundo". Hoy parece que se dibuja ese nuevo estado de cosas: Los signos de los tiempos son positivos. Ha surgido una nueva actitud en las grandes potencias para resolver sus controversias por medio del diálogo y la negociación, y ese marco de distensión política presenta una oportunidad para que en las relaciones norte-sur tomen preeminencia los objetivos de justicia y desarrollo para nuestros pueblos; que constituyen elementos determinantes en la estabilidad de la comunidad internacional.

Las Naciones industrializadas deben reconocer que ya nuestros países no pueden ni deben ser tratados como simples proveedores de materias primas y obligados a una relación injusta. Ha llegado la hora de forjar un verdadero compromiso que logre la justicia en las relaciones económicas internacionales. "Justo, es un término ético, no económico" dijo una vez Figueres, el fundador de la nueva Costa Rica. Por eso en este foro lo que deberíamos plantearnos, con toda lucidez, es como decretar en nuestro grupo una acción bien fundada, permanente, para influir en la gestación de un nuevo orden económico internacional inspirado en la justicia.

Pero tengamos claro en primer lugar, que debemos buscar una cooperación constructiva con las naciones industrializadas, y no el enfrentamiento, que para crear un sistema estable de cooperación que fortalezca la credibilidad entre los pueblos del mundo y que sea suficientemente flexible como para que aún las naciones de menor grado de desarrollo relativo encuentren la posibilidad de una participación positiva, debemos contar con las grandes naciones. Hemos pues de buscar que prevalezca en lo económico el espíritu que parece despejarse en lo político, este y no otro es el sentido de la paz.

Señor Presidente:

Es pues, con ese afán de encontrar mediante la cooperación, una solución a nuestros problemas, que paso a referirme a algunos de ellos que para mi país son de especial importancia.

En el acuerdo de Esquipulas II, los presidentes centroamericanos manifestaron su convicción de que la paz, la democracia y

Lic. Rodrigo Madrigal Nieto.

el desarrollo son inseparables. Así lo reconoció la comunidad internacional cuando la Asamblea General en su anterior período de sesiones aprobó la resolución 42/231 sobre el plan especial de cooperación económica para Centro América. Sin embargo, hoy la región sigue padeciendo de los mismos y graves problemas económicos que han agobiado a nuestros pueblos durante este decenio. El deterioro de los niveles de vida continúa, por lo que es más urgente que nunca la puesta en práctica de los programas y proyectos contenidos en el plan especial, pues hasta ahora su ejecución no ha respondido a las necesidades de la región.

Otro capítulo de especial importancia es el de la deuda externa. El estallido de esta crisis tuvo un efecto traumático para nuestros países. Nos obligó a un replanteamiento de nuestra estrategia de desarrollo económico y social y, más grave aún, en algunos casos, provocó en los pueblos la duda sobre la capacidad de los sistemas democráticos para satisfacer las necesidades sociales, erosionando de este modo las instituciones políticas de la libertad. No obstante, el interés de su solución no ha de ser solo nuestro. La sobrevivencia misma del mundo desarrollado, también requiere de una solución a esta crisis, pues no le es posible aislarse de ella. Las condiciones de miseria y de dolor del tercer mundo ya repercuten en el bienestar económico de los habitantes de los países más avanzados.

La crisis fue resultado de una serie de factores. Tanto deudores como acreedores tuvieron parte de la responsabilidad. Los primeros, porque, víctimas ya del grave deterioro de la economía mundial y en la angustia por brindar a sus ciudadanos condiciones de vida más favorables, pospusieron ajustes económicos internos que eran impostergables; los segundos, porque su ambición de lucro les llevó a tomar decisiones de alto riesgo con el propósito de obtener utilidades muy apreciables en sus operaciones financieras. Por ello la solución del problema debe ser también de responsabilidad compartida.

Ha de tomarse en cuenta además, que la acumulación de la deuda convirtió a los países deudores en excelentes clientes de los bienes y servicios producidos en los países desarrollados, con lo que buena parte del producto de la deuda retornó a esas economías generando a su vez, mayor producción y empleo. Por otra parte, la naturaleza misma del Sistema Monetario Internacional y el mantenimiento de políticas cambiarias inadecuadas por parte de muchos de los países en desarrollo, propiciaron una fuerte fuga de capitales privados que pagaron a engrosar los recursos disponibles para préstamos en los países desarrollados, pues fueron sus instituciones financieras los principales centros de atracción para esos capitales.

Pero, en todo caso, lo importante no es buscar culpables. Lo trascendente y para lo que estamos aquí reunidos, señor Presidente, es para encontrar soluciones permanentes que permitan a nuestros países retomar la senda del crecimiento y del desarrollo económico y social en los pocos años que nos quedan de este siglo, a fin de que, al iniciar el tercer milenio de nuestra era, los países del mundo, no importa si están en el norte o en el sur, en el Hemisferio Occidental o en el Oriental, en la cuenca del Caribe o en la del Pacífico, puedan ofrecer a sus ciudadanos la esperanza de una vida próspera en libertad.

Una primer enseñanza que nos deja la crisis de la deuda es que la estrategia seguida hasta ahora para enfrentarla es inadecuada. El enorme peso del ajuste ha caído exclusivamente en los países deudores, entre ellos, algunos que apenas emergían a la democracia después de años de dictadura, y como ya lo decía antes y lo repito ahora por la gravedad que reviste, ese quebranto económico ha sido un gravamen de grandes proporciones para la causa de la libertad. Es muy difícil para países que no habían tenido la oportunidad del diálogo interno y de la oposición en la opinión pública, iniciar su vida democrática dentro de un proceso de ajuste, sin crecimiento y sin posibilidades de satisfacer las demandas vitales de los diferentes grupos sociales. Este es un costo penoso y poco medible en el corto plazo: el costo de la frustración de los procesos democráticos para sacar adelante a los países en desarrollo.

De igual manera las medidas de ajuste económico que se imponen para atender el servicio de la deuda han ampliado la brecha entre las naciones. Cifras del Banco Mundial indican que mientras el producto interno bruto por habitante creció en los países industrializados durante el período 1980-86, en las naciones de ingreso

medio se mantuvo estancado. Peor aún, en algunos casos como los países centroamericanos, hubo en promedio, una contracción en su ingreso por habitante de 3% por año en el mismo período.

Pero los problemas del ajuste también se manifiestan y esto es lo más preocupante, en la formación de capital, tanto humano como físico, necesario para revertir la tendencia de deterioro en los años venideros.

La pobreza generalizada y el ajuste fiscal asociado a la estrategia para enfrentar la crisis se han traducido en reducciones en los índices de salud, nutrición y educación, con lo cual disminuye el potencial productivo futuro de los grupos humanos. La contracción de la demanda interna, herramienta central de los programas de ajuste, se concentró en los gastos de inversión de capital fijo, y así, mientras en los países desarrollados la tasa de crecimiento promedio anual de la inversión en capital fijo fue 2,8%, en los países de ingresos bajos fue de 0,4% y en las economías de ingresos medios se presentó una contracción de 2,3% anual.

Pero no sólo estamos invirtiendo menos. La experiencia reciente señala que el desarrollo tecnológico está avanzado con tal rapidez en los países industrializados que la brecha, también, se está ampliando por este concepto. De esta manera, no sólo nos estamos quedando atrás porque invertimos menos, sino que la calidad de esa inversión es también inferior.

Todo este deplorable proceso ha convertido a estos países, pobres, atrasados y sin recursos, en exportadores netos de capitales: más de ¢20 mil millones anuales durante el período 1985-1987. Y a pesar de ello, la deuda continuó aumentando para situarse en 1987 en más de $900 mil millones, en lo que parece constituirse como un nuevo círculo vicioso de la pobreza.

En consecuencia, es urgente pensar en una nueva estrategia que permita revertir estas tendencias negativas, y retomar el camino del crecimiento económico para satisfacer las necesidades de los pueblos del tercer mundo, para lo cual es indispensable el apoyo de la comunidad internacional.

Esas naciones nos deberían ayudar a que las corrientes de capital se reviertan hacia los países en desarrollo y a propiciar la generación de divisas por parte de estos países facilitándonos el acceso a sus mercados y no estableciendo medidas proteccionistas que limiten nuestras pocas posibilidades comerciales. La iniciativa de la cuenca del Caribe es un magnífico ejemplo de lo que puede hacerse en este campo ya que el comercio está llamado a ser fuente de prosperidad, no de ruina y sumisión para los pueblos.

Por último, debemos promover una solución integral al problema de la deuda externa. Hay que reconocer que, para muchos países, el dilema es pagar o crecer. La experiencia de los primeros años de la década de los ochenta señala muy claramente que la escogencia futura debe ser hacia el crecimiento económico. La deuda debe pagarse con los frutos del crecimiento y no a costa de él. Por lo tanto, se requieren soluciones globales que impliquen reducciones importantes en los montos de la deuda y modificaciones en las tasas de interés aplicables. El principio que debe regir las renegociaciones de la deuda es fundamentalmente el de la capacidad de pago y no el de la inflexibilidad de los compromisos adquiridos.

La solución al problema de la deuda, sin embargo, no es una condición suficiente para retomar el proceso de desarrollo en muchos de nuestros países. Es necesario, que se produzca también, un ingreso adicional de recursos financieros que faciliten el proceso de inversión. Este parece ser uno de los problemas más difíciles de resolver.

Creo que todos somos conscientes de que es difícil suponer un aumento significativo de la ayuda externa, o un salto voluminoso y repentino de los ingresos por nuestras exportaciones. Por lo tanto es indispensable aumentar el flujo de los recursos bancarios. En otras palabras, ¿De qué forma se puede inducir a la Banca Comercial para que facilite los recursos necesarios para el progreso económico de los países en vías de desarrollo?

Permítanme algunas observaciones al respecto. Algunos de nuestros gobiernos, es cierto, son grandes deudores de los centros financieros internacionales, pero muchos ciudadanos de estos países son importantes acreedores de los mismos por los voluminosos depósitos a plazo que han acumulado en ellos. Por esta circunstancia un uso prioritario para esos recursos debería ser el financiamiento de proyectos de desarrollo en los países de los cuales provienen esos fondos. En otras palabras, si parte de los recursos que tienen los Bancos Internacionales son fruto del esfuerzo y del ahorro de los países de ingresos medios y bajos, esos recursos deben reciclarse para que retornen, en forma de préstamos de inversión a largo plazo, a esos países, a fin de contribuir así a su crecimiento.

La canalización de estos fondos lógicamente no se lograría de forma espontánea. Sería preciso que las naciones industrializadas en las que tienen asiento los grandes bancos internacionales cooperen en este propósito fundamental del tercer mundo, definiendo políticas que abarquen la exoneración de impuestos sobre el producto de aquellos préstamos y un esquema de garantías de repago para el eventual caso de incumplimiento. Con este fin po-

drían crear un fondo de contingencias sustentando, por ejemplo, con un porcentaje de sus gastos militares, en armonía con el nuevo espíritu de distensión que nos complacimos en reconocer al inicio de estas palabras.

Dentro de este programa no se identificarían individualmente los depósitos de cada ciudadano sino que se tomaría un porcentaje de su monto global sin menoscabo de los derechos y prerrogativas individuales de cada uno de los depositantes.

Debo consignar finalmente, que los fondos deberían utilizarse para adquirir bienes y servicios exclusivamente del país donde se encuentran depositados, a fin de que de su uso se beneficien también esas economías.

Por nuestra parte sería imprescindible que hiciéramos esfuerzos muy serios en el ordenamiento interno de nuestras economías y avances en los procesos de democratización, a fin de que todo mejoramiento económico se reparta con justicia. Estos dos aspectos son fundamentales, porque el objetivo del mecanismo propuesto no es constituirse en un sustituto del manejo responsable de la política económica, sino en un complemento del mismo; no es facilitar la permanencia de regímenes dictatoriales, o de cuadros de injusticia, sino contribuir al enriquecimiento de las instituciones democráticas.

Señor Presidente:

La tarea que tenemos por delante nos atañe a todos. Es una responsabilidad compartida que debemos enfrentar en forma decidida.

La convivencia democrática y el desarrollo requieren de un mundo en el cual la concertación reemplace a la confrontación; donde el diálogo sustituya a la fuerza; donde las negociaciones políticas eliminen a la guerra como medio de dirimir conflictos entre las naciones y entre los grupos sociales de un mismo país. Paz, democracia y desarrollo económico deben ir de la mano en la creación del mundo del futuro. Son condiciones necesarias para la consecución de una sociedad mejor y ninguna de ellas debe tener precedencia sobre la otra.

Señor Presidente:

El próximo año el Grupo de los 77 cumplirá veinticinco años de arduos trabajos que, lamentablemente, no han sido suficientes para colmar el anhelo de unas relaciones internacionales que logren el desarrollo y la paz para todos los pueblos.

En el umbral de este cuarto de siglo resulta imprescindible que el tercer mundo, reunido en este foro, examine lo que ha ocurrido, replantee sus ideas, diseñe nuevos e imaginativos mecanismos, y reafirme su solidaridad en una nueva actitud más dinámica, innovadora y constructiva, que nos haga partícipes de este desafío universal, tendiente a unir el vertiginoso desarrollo tecnológico contemporáneo a los valores superiores del hombre.

Los próximos doce años serán cruciales para el porvenir de los habitantes de los países en vías de desarrollo. Una buena parte de responsabilidad nos corresponde a quienes los dirigimos, pero también, una buena cuota recae en los líderes de las naciones industrializadas. De la voluntad de los dirigentes de ambos grupos y de la acción conjunta y concertada en favor del desarrollo integral, dependerá que podamos entrar al siglo XXI en un mundo en el que reine la esperanza para todos los seres humanos. Hagamos de este foro un crisol en el que se fundan todas las voluntades para conseguirlo.

Muchas Gracias

Nueva York, 28 setiembre de 1988